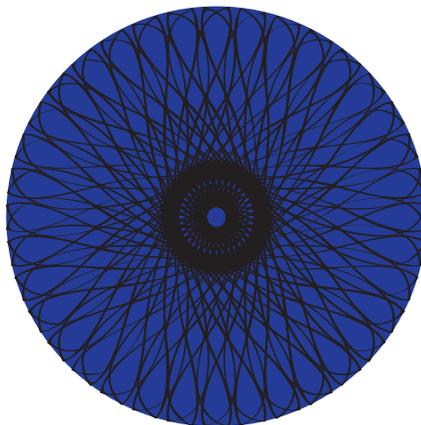


Tensiones en la democracia argentina:

Rupturas y continuidades en torno
al neoliberalismo



María Teresa Piñero - María Susana Bonetto
(Compiladoras)



cea-sociales
centro de estudios
avanzados



UNC

Universidad
Nacional
de Córdoba

Tensiones en la democracia argentina:
Rupturas y continuidades en torno al neoliberalismo



Colección Cuadernos de Investigación

Tensiones en la democracia argentina:
Rupturas y continuidades en torno al neoliberalismo

María Susana Bonetto

Fabiana Martínez

Mercedes Barros

Yair Buonfiglio

Lucas Bruno

Iván Tcach

Virginia Tomassini

María Teresa Piñero

Angélica Alvites Baiadera

Jorge Foa Torres

Silvina Mercedes Irusta

Luz Ruffini

Sebastián José Serale

Programa de Investigación *Democracia y Ciudadanía*
en Sudamérica

Editorial del Centro de Estudios Avanzados

Centro de Estudios Avanzados, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Córdoba,
Av. Vélez Sarsfield 153, 5000, Córdoba, Argentina

Directora: Adriana Boria

Responsable Editorial: María E. Rustán

Coordinadora Ejecutiva de la Editorial: Mariú Biain

Comité Académico de la Editorial

Pampa Arán

Marcelo Casarin

María Elena Duarte

Daniela Monje

María Teresa Piñero

Juan José Vagni

Cuidado de edición: Mariú Biain

Diseño de Colección: Silvia Pérez

Diagramación de este libro: Silvia Pérez

Responsable de contenido web: Víctor Guzmán

© Centro de Estudios Avanzados, 2017

Tensiones en la democracia argentina : rupturas y continuidades en torno al neoliberalismo / María Susana Bonetto ...
[et al.] ; compilado por María Teresa Piñero ; María Susana Bonetto. - 1a ed compendiada. - Córdoba : Centro de
Estudios Avanzados. Centro de Estudios Avanzados, 2017.

Libro digital, PDF - (Cuaderno de investigación ; 4)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1751-43-3

1. Democracia. 2. Neoliberalismo. 3. Argentina. I. Bonetto, María Susana II. Piñero, María Teresa, comp. III. Bonetto, María
Susana, comp. CDD 323

“A los jóvenes no los miro porque en ellos me miro yo”. Juventudes y discurso político tras el giro a la derecha

Yair Buonfiglio

Introducción

Las transformaciones en el escenario político argentino que sobrevinieron tras la derrota del kirchnerismo en el *ballotage* presidencial de 2015 aparecen como el correlato de inversiones más generales en la discursividad social. En efecto, tópicos (Angenot, 2010) y significantes que durante más de una década habían ocupado zonas periféricas de la cartografía discursiva, hoy se encuentran en espacios relevantes, recuperando tal vez –aunque nunca de la misma manera– posiciones de privilegio sostenidas durante el neoliberalismo. A la vez, la “lengua” del populismo (Barros, 2013) ha sido dislocada.

En este marco, analizamos el modo como las figuras del joven y la juventud son construidas en la discursividad política contemporánea. Particularmente, intentamos dar cuenta del contraste entre un modo de nombrar la juventud que había sostenido cierto predominio durante el kirchnerismo –vinculado a la política, la militancia y la movilización– y la propuesta que, a instancias de los medios dominantes y el discurso macrista, construye la figura del joven deseable en términos de cualidades y acciones individuales coherentes con las necesidades del mercado. Para ello, recuperamos algunos fragmentos discursivos procedentes de discursos presidenciales donde se narran casos de jóvenes “excepcionales” a fin de identificar las características que se les atribuyen y los modelos que a partir de ellos se proyectan.

El giro a la izquierda: la juventud maravillosa

Durante la primera década del siglo XXI, tuvieron lugar en América Latina experiencias políticas que discontinuaron el orden neoliberal imperante en la década del 90. En países como Brasil, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Venezuela, Honduras, la Argentina e, inclusive, Chile y Perú, la identidad política de los partidos, alianzas o movimientos gobernantes se construía en oposición a alternativas conservadoras y vinculadas al mercado. Y, si bien los procesos fueron distintos en cada país merced a sus propias tradiciones, culturas y contextos, puede decirse que la ampliación de derechos, la intervención estatal en la economía y, con ello, cierto grado de distribución de la riqueza fueron características comunes a todos ellos. Para Arditi (2009), Latinoamérica había *girado a la izquierda*:

Si en las décadas de 1980 y 1990 ese centro [de la política] estuvo codificado por la democracia multipartidista, la expansión del mercado y la disminución del papel del Estado, el giro a la izquierda está redefiniendo el centro político con nuevas coordenadas que incluyen la regulación del mercado y el fortalecimiento del Estado por un lado y, por el otro, mayor justicia social, equidad y un acrecentado sentido de participación y pertenencia más allá de la representación (Arditi, 2009: 18).

En la Argentina, este “giro a la izquierda” comenzó a delinearse con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación en 2003. Se trataba del primer mandatario elegido por el voto popular tras la renuncia de Fernando de la Rúa en 2001 y los sucesivos interinatos resueltos por el Congreso. En este marco, la identidad del kirchnerismo se construyó por oposición a las figuras, los valores y los tópicos del discurso político de los 90, al que reconocía, a su vez, como una prolongación democrática del modelo económico impuesto por la última dictadura militar.

El neoliberalismo era el significativo que trazaba la equivalencia entre las identidades que conformaban la exterioridad respecto del kirchnerismo, de tal modo que todas ellas eran corresponsables del daño infligido al pueblo durante los 90, cuyas trágicas consecuencias se habían visibilizado en la crisis de 2001: desocupación, pobreza, hambre, violencia y

desagregación social. El kirchnerismo se construyó, así, como la representación de una nueva época que venía a dejar atrás una historia reciente que se considera negativa para las mayorías. Ruptura, entonces, con el pasado neoliberal y filiación política con la juventud militante de los 70, generación en la que Kirchner se inscribía y a cuyos desaparecidos nombraba como “compañeros” (Martínez, 2014).

De esta manera, el discurso kirchnerista asignó tanto a *la política* como a *los jóvenes* lugares particularmente relevantes y legítimos en su topografía discursiva. Es que, si la política era el camino de la transformación, los jóvenes *en* la política representaban la posibilidad de fundar un nuevo orden, un orden solidario, igualitario, que superase un pasado inmediato doloroso y signado por la pérdida –del trabajo en los 90, de la democracia y de la vida en los 70–; para el kirchnerismo, en suma, la juventud deseable era aquella que se involucraba en los procesos de transformación social de manera colectiva y cuya misión sería continuar tanto un legado inmediato –un país san(e)ado– como una tradición militante y rebelde, anclada principalmente en el primer peronismo y en la militancia de izquierda de los 70.

Es posible sostener que el discurso kirchnerista produjo una discontinuidad en un modo de nombrar a los jóvenes que había hegemonizado la discursividad política –y quizás también la discursividad social– durante, al menos, la década del 90 y los primeros años del siglo XXI. Como advierte Florencia Saintout (2013), tres grandes formas de ser joven se construían e irradiaban desde los grandes medios de comunicación: el joven apático, desafiado, desinteresado de la política, de la “alta” cultura, de los grandes asuntos de la vida social y recluso en su vida íntima; el joven peligroso, consumido por las drogas y sin otro camino posible más que el delito; por último, el joven integrado, consumidor, aquel que se prepara para el éxito en el mundo de los negocios y que, además, responde a los estándares hegemónicos de belleza que se suman, en ocasiones, a otros valores tales como la caridad o el “talento”.

Pero, más allá de estas grandes tipologías, todas estas narrativas sobre la juventud la construían en torno a la carencia. Eran aquellos sujetos que *todavía* no podían, aquellos a quienes les faltaba algo, un “algo” que, desde luego, era colocado en la vereda adulta del mundo. A estos jóvenes del sentido común les faltaba compromiso social, conocimiento del mundo, capacidad de construcción política; a muchos, se diría, les faltaba también el futuro, les fal-

taban valores, les faltaban capitales para “ser alguien” en un mundo construido por otros.

Como señalan Saintout (2013), Varela y Sánchez (2013), incluso desde las ciencias sociales se contribuyó a la construcción de una idea de juventud que, si bien no asumía una postura condenatoria, asumía la derrota de los jóvenes en la *gran política* y, en consecuencia, se esforzaba por rescatar las resistencias mínimas, las célebres “resignificaciones”, las “trampas” (Reguillo, 2000) que se le podían hacer a un mundo que parecía haber tomado un rumbo definitivo.

Es en este marco que, sostenemos, el discurso kirchnerista vino a romper con las narrativas hegemónicas sobre los jóvenes. En efecto, se ha hablado de un “reencantamiento de la política” (Arditi, 2011) para explicar un proceso que, no solamente en la Argentina, devolvió a la ciudadanía cierta “fascinación con y por la política” (Arditi, 2011: 69) ligada al regreso de las experiencias populistas. Reencantamiento de la política es, en definitiva, que la política pueda volver a ser pensada como un camino para el cambio social, para la emancipación, para la mejora en las condiciones de vida de las grandes mayorías. Pero este nuevo encantamiento no implica, como bien advierte Arditi, una réplica de las experiencias pasadas; supone, en cambio, la emergencia de nuevas identidades políticas que puedan representar las demandas de las mayorías contemporáneas. Lo nuevo entusiasmo y el futuro aparece otra vez como algo posible, como un tiempo que puede ser mejor.

Frente a quienes afirman que, merced al *reencantamiento*, los jóvenes regresaron a la política convocados y entusiasmados por la experiencia kirchnerista, Melina Vázquez (2013) sostiene la posibilidad de argumentar que “los colectivos juveniles sostienen mayoritariamente un descrédito hacia la política” (Vázquez, 2013) y que la participación juvenil, en términos numéricos, no necesariamente es mayor que la visible en tiempos precedentes.

Sin embargo, más allá de esas dudas, sí es posible afirmar con toda certeza que el kirchnerismo, a diferencia de otros discursos políticos pasados y contemporáneos, interpeló a la juventud, se dirigió a ella, la construyó y la convocó como un sujeto colectivo cuya intervención en la construcción de lo común no era solo posible, sino que fundamentalmente era deseable. Así, durante los doce años en que gobernaron Néstor y Cristina Kirchner —y especialmente a lo largo de los dos mandatos de ella— se crearon organizaciones políticas ju-

veniles como *La Cámpora* y las distintas variantes de la Juventud Peronista, se organizaron actos con una concurrencia juvenil casi excluyente y los líderes políticos se dirigieron a los jóvenes en incontables ocasiones.

Ahora bien,  cu l es el lugar que el discurso kirchnerista les asignó a los jóvenes en ese proceso de reencantamiento de/regreso a la política? Es preciso señalar aquí que el kirchnerismo, como ocurre habitualmente con las articulaciones políticas populistas (Barros, 2013), se presentó como el sujeto histórico que habría de sanar las heridas de un pueblo dañado por el neoliberalismo. Así, frente a un estado de cosas negativo para las mayorías populares, era el Estado el agente de transformación que produciría los cambios necesarios para avanzar hacia un horizonte de igualdad. En consecuencia, la *gran política* aparecía como el camino para disputar el control del Estado y, con ello, enfrentar a los sectores dominantes cuyos intereses eran contrarios a los del *pueblo*.

En este marco, los jóvenes son construidos como sujeto colectivo y, fundamentalmente, como *sujeto político*, es decir, como sujetos capaces de actuar colectivamente para disputar el Estado y, desde allí, intervenir en los procesos de transformación cuya necesidad se enuncia. Desde estas coordenadas, interpretamos un fragmento del discurso pronunciado por Cristina Kirchner en ocasión de los cuatrocientos años de la Universidad Nacional de Córdoba:

Algunos que por ahí escucho que andan enojados con los jóvenes, no digo que todos los cambios los hayan hecho los jóvenes, pero no conozco ningún cambio donde no est n todos los jóvenes. Esto es la ley de la vida, es la ley de la biología. Así que no se enojen con los jóvenes, al contrario, yo tengo sesenta años y cuando estoy rodeada de pibes me siento de quince otra vez.

Como se observa, juventud y cambio constituyen un par indisociable. Pero si los jóvenes son lo nuevo, son el futuro y, por lo tanto, ruptura con el pasado, entonces promover el cambio es, de algún modo, *ser joven*. De allí la identificación entre el líder y la juventud: en tanto sujeto de transformación, *es joven* aunque biológicamente no lo sea. Porque, en definitiva, la juventud pareciera más un sentimiento que una condición objetiva. Juventud, en suma, como principio de identificación, como *punto de capitán* de la articulación política. En palabras de Cristina: “A los ojos de los jóvenes no los miro porque en ellos me miro yo”.

El giro a la derecha: los jóvenes integrados

Tras doce años en el gobierno, el discurso kirchnerista vio erosionada su capacidad para fijar la interpretación legítima de lo real. Un orden frágil y precario se resquebrajó progresivamente, lo que concedió a otras representaciones políticas posiciones cada vez más visibles y relevantes en la disputa por la nominación legítima del mundo. Finalmente, el triunfo de la alianza Cambiemos en los comicios de 2015 representó no solo una victoria electoral, sino también –y quizás fundamentalmente– la consagración de un nuevo relato, una nueva forma de interpretar el mundo y, con ello, de proyectarlo.

Si el discurso kirchnerista se estructuraba en torno a la idea del Estado como agente de transformación –una transformación que procuraba la igualdad, la ampliación de derechos, la confrontación con los poderosos, el rescate de los silenciados y, en definitiva, la construcción de un “para todos”–, en el discurso del Pro el Estado no es más que un agente facilitador de las acciones individuales/privadas. El sujeto que hará la historia es el empresario (Buonfiglio, 2016), mientras que el ciudadano –como sujeto individual, no ya como parte de un pueblo– debe reunir las condiciones requeridas para integrarse de manera eficiente al sistema.

En este marco, cabe preguntarse qué lugar ocupan los jóvenes en el nuevo panorama del discurso político. Y podríamos responder, en principio, que si ya no hay *pueblo*, si las transformaciones sobrevendrán como consecuencia de una suma de acciones individuales, el lugar del joven ya no es la política, ya no es el colectivo, sino la empresa, la institución educativa –donde adquiere individualmente las competencias y los conocimientos que lo harán un mejor individuo–, la ONG –donde, como individuo, ayudará a mejorar la vida de otros individuos e incrementará, de paso, cualidades individuales tales como la empatía o la sensibilidad, requeridas a menudo en el universo del *management*– y, para quienes no logren integrarse, los lugares de encierro o apartamiento social.

Un spot perteneciente a la campaña presidencial de Mauricio Macri es ilustrativo respecto de tal narrativa. Allí, puede verse al candidato acompañado por una niña y sus padres. Mientras él la sienta sobre sus piernas y la acaricia, ella le cuenta que vende flores para juntar dinero y, así, poder comprarse una bicicleta. En la escena siguiente, aparecen las plantas que la niña

cuida y el candidato que la felicita por su iniciativa. Es que aquí ya no hay *para todos*: si el pobre quiere una bicicleta, debe trabajar para poder comprarla, aun si es un niño. Si en el relato macrista el ciudadano modelo es aquel que pone su fuerza de trabajo a disposición del empresario, la figura del joven que se ensalza pareciera ser la del *joven trabajador*, o incluso la del *niño trabajador* como metáfora emblemática de ese imperativo que se proyecta para todo el pueblo.

En una reciente intervención pública, el presidente Macri pronunció estas palabras:

... hay un elemento, algo fundamental en el futuro de un país, que son sus jóvenes (...) Hay muchos de ellos como Francisco, de San Juan, que me dice “Yo quiero tener mi primera oportunidad”, dice en su mensaje. “También estamos nosotros, los jóvenes con ganas de trabajar, de aprender, con ganas de salir adelante día a día, no queremos planes, queremos ganarlo con nuestro sudor (...)” Y yo te digo, Francisco, no tengas dudas: estamos trabajando para que todos ustedes tengan una oportunidad, tengan esa primera oportunidad que les permita empezar a construir ese desarrollo personal.

En la voz de un joven anónimo, el enunciador hace aparecer la oposición entre el dinero ganado con “sudor” y aquel que sobrevendría sin ningún esfuerzo, a través de la ayuda estatal materializada en los “planes”. Este ciudadano, cuya voz Macri opta por incluir en su discurso a modo de ejemplo-ejemplar, no quiere planes, esto es, no quiere recibir dinero sin que eso sea a cambio de un esfuerzo físico que lo haría sudar. Rechaza la ayuda del Estado porque rechaza la igualdad, la universalidad, el “para todos”. En el mundo de Macri, tener es poder marcar una diferencia; la desigualdad se torna deseable porque en ella se prolongan las virtudes del individuo. Sin embargo, el trabajo, la puesta de la fuerza laboral a disposición del mercado, ya no es solamente la única opción que los pobres tienen para ganar dinero de manera legítima. Es un fin en sí mismo. Es un objeto erotizado. El ciudadano modelo trabaja para el empresario porque desea –con la fuerza que el psicoanálisis le ha dado a este significante– trabajar. Además, y casi como un detalle, puede ganar dinero.

La lengua del *cambio*

Algunas líneas más arriba nos preguntábamos qué lugar ocupan los jóvenes en la nueva cartografía discursiva. Podríamos, ahora, comenzar diciendo qué no son. Ya no son sujetos colectivos, ya no son multiplicidades organizadas y articuladas, ya no disputan el Estado como herramienta de transformación social, ya no luchan contra las desigualdades porque ya no buscan la igualdad, sino la diferencia. En el discurso del Pro, el lugar que le corresponde al joven legítimo es el trabajo porque solo de esa manera –esto es, a través de su accionar individual– logrará producir cambios también individuales. El joven vuelve, entonces, a preocuparse por su mundo inmediato y no por las grandes cuestiones de la vida social. Ya no está llamado a discutir –y hacer– el mundo en el que quiere vivir, sino a encajar, como un engraje, en un mundo injusto y desigual que otros han diseñado.

Tal diagnóstico, sin embargo, corresponde a los discursos dominantes. A lo que las fuerzas políticas gobernantes junto con los grandes medios intentan que sea la única forma posible de pensar en nuestros jóvenes. Pero, como sabemos, todo intento por nombrar lo real es frágil y la hegemonía pos/neo liberal ha comenzado a resquebrajarse, quizás antes de lo previsto por quienes controlan las industrias de la comunicación. Tal vez esto sea consecuencia de los malestares prolijados durante el último bienio en diversos aspectos de la vida social y, sobre todo, económica. Sufrimientos que, en definitiva, exceden los límites del lenguaje, aun cuando requieren un signo que los represente. Quizás los significantes que puedan poner en palabras el malestar restituyan también sentidos acerca de la juventud que permitan pensarlos nuevamente como sujetos colectivos, transformadores y constructores de emancipación.

Bibliografía

- Arditi, Benjamín (2009). *Pertenencia y reencantamiento de la política en el escenario postliberal*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Arditi, Benjamín (2011). “El reencantamiento de la política como espacio de participación

- ciudadana”. En Martín Hopenhayn y Ana Soho (Comps.), *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Barros, Sebastián (2013). “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Buonfiglio, Yair (2016). “Los nombres del cambio: apuntes para una cartografía del discurso político en la Argentina pro”. *Raigal, revista interdisciplinaria de Ciencias Sociales*, N° 2. Villa María: Universidad Nacional de Villa María.
- Laclau, Ernesto (1996). “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?” En *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Martínez, Fabiana (2014). “Subjetividades post-neoliberales: jóvenes como *pueblo*”. En Susana Bonetto y Fabiana Martínez (Comps.), *Militancia y Juventud*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Reguillo Cruz, Rossana (2000). “La clandestina centralidad de la vida cotidiana”. En Alicia Lindón Villoria, *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. México: Anthropos Editorial.
- Saintout, Florencia (2013). *Los jóvenes en la Argentina: desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Saintout, Florencia; Varela, Andrea y Sánchez, Emilio (2013). “Jóvenes y política. Por una epistemología de la reconstrucción”. En Emilio Sánchez Navarrete (Comp.), *Jóvenes y política. Reflexiones en torno al voto joven en Argentina*. Universidad Nacional de La Plata.
- Vázquez, Melina (2013). “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”. *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, N° 7. Universidad Nacional de La Plata.